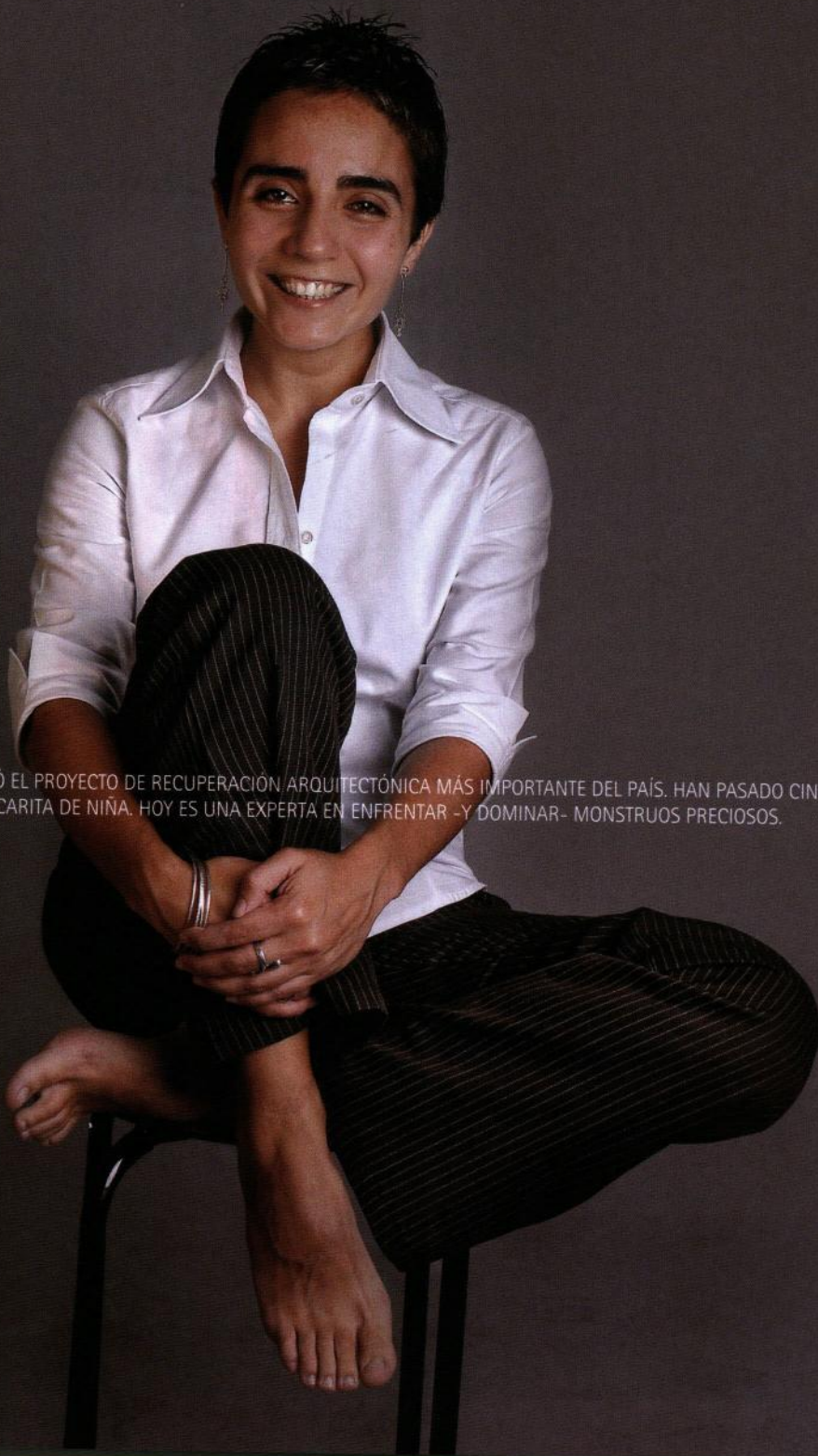


Luciana Soldi



TENÍA 25 AÑOS CUANDO ASUMIÓ EL PROYECTO DE RECUPERACIÓN ARQUITECTÓNICA MÁS IMPORTANTE DEL PAÍS. HAN PASADO CINCO AÑOS Y TIENE LA MISMA CARITA DE NIÑA. HOY ES UNA EXPERTA EN ENFRENTAR -Y DOMINAR- MONSTRUOS PRECIOSOS.

Por Antonio Orjeda.
Foto Alejandra Devescovi.

El español Fernando Palazuelo llegó a Lima en el 2004 y se instaló en el Hotel Bolívar. Desde su ventana, un centro histórico degradado. ¿Lo suyo? La recuperación y puesta en valor de, precisamente, joyas arquitectónicas venidas a menos. Inició la compra de edificios alrededor de la Plaza San Martín. Tuvo mucha suerte porque la arquitecta Luciana Soldi, enterada de lo que estaba haciendo, le tocó la puerta. Veinticinco años de edad y dos de egresada. Palazuelo la puso a la cabeza de Arte Express, su empresa. "Luciana, yo me voy a España. Regreso en tres meses, este es mi teléfono. Acabo de comprar el edificio Italia, te lo van a entregar en 15, 30 días. Te ocupas de todo". En ese edificio abandonado, sobre una mesa recuperada de un depósito, con un teléfono y una computadora, la directora general de Arte Express, comenzó a dar pelea, y la está ganando.

¿Cómo entender que tu jefe haya confiado tan alegremente en ti? ¿Qué vio? ¿Se lo has preguntado?

Lo mismo que yo veo en la gente que he contratado para esta oficina: gente muy joven porque tienen una energía distinta, una manera de trabajar distinta. A la gente joven la puedes formar. Yo le di energía y confianza. No me iba a ir a Hawai con su dinero, él corrió un riesgo, y le fue muy bien.

¿Qué es lo peor de trabajar en el Centro?

La polución.

Entonces, ¿qué haces aquí?

Si bien el mayor problema es la polución, está el país, está la ciudad, la gente, la historia, la posibilidad de hacer un proyecto enriquecedor; para mí -como profesional- y para el resto.

Has dicho que la avenida Tacna no tiene nada que envidiarle a una avenida de Nueva York.

No tiene nada que envidiarle a nada. Tú te pones en un octavo piso de cualquier edificio de la avenida Tacna y ves el tipo de arquitectura que hay, ves el diseño, y podría ser cualquier avenida de Nueva York. ¿Tú te la imaginas con tiendas lindas en los primeros pisos?

En una Lima tan acomplejada, al hacer ese comentario ¿no has sido vista como una marciana?

Sí. A la gente en este país tú le dices eso sobre la avenida Tacna, y no se lo cree. Más bien piensan: "¡Está más loca que una cabra!". Aunque he encontrado a arquitectos mayores que sí la valoran, pero más como un tema histórico, y no como una posibilidad actual o a futuro.

¿Qué significa que haya tenido que venir un extranjero para invertir en algo que ningún peruano vio?

Es triste, porque debió haber sido la iniciativa no solo de algún empresario peruano, sino del Estado, de la Municipalidad de Lima, porque la ciudad es responsabilidad de quienes nos representan, de quienes hemos elegido para que se hagan cargo de ella. Es triste, pero felizmente vino alguien -independientemente de dónde sea- y apostó por esto; y ahora, cuando la gente pasa por nuestros edificios, el que menos dice: "¡Qué bonito! ¡Qué linda está la Plaza San Martín!". Y yo me siento muy orgullosa de decir que yo aporté a este proceso.

¿Eres consciente de que estás a la cabeza del proyecto de recuperación arquitectónica más importante del país?

Me gusta saberlo, pero no es que por ello me sienta una supermujer.

Empezaste a los 25. ¿Cómo fue el primer día?

Aterrador porque entré y el edificio, el lugar donde estaba mi oficina, era muy oscuro. Las tripas de estos edificios no las conocía nadie. Lo primero que había que hacer era destriparlo, limpiarlo, ver que todo fuera seguro. Tuve que

levantar planos, contratar gente...

25 años, mujer, apariencia frágil... Tenías varias cosas en contra.

Al principio. Incluso ahora, solo que ahora me da igual. Te encuentras con funcionarios, técnicos de Sedapal, Edelnor, que te miran y: "Oye, hijita...". Si hay algo que me puede llegar a crisar los nervios de una manera horrible, es el: "Mamita", "Hijita"... Y tú me ves a mí, que ahora tengo 30 pero que parezco de 23, y que soy chiquita, no me pinto, y que jamás me voy a vestir como una ejecutiva... Entonces, ahí entra un tema de carácter, de temple, que tienes que utilizar para hacerte respetar.

¿Lo tenías? ¿Lo tuviste que desarrollar?

Si no tienes de eso, no lo llegas a desarrollar.

¿Qué ha sido lo más difícil?

Al inicio, cuando se me quemaron tres personas que estaban haciendo limpieza. Entraron al sótano, uno de ellos se apoyó en un tablero eléctrico y hubo una descarga. El edificio sonó una barbaridad. Eran las siete de la noche. Salieron, el chico me miró: estaba con toda la cara rosada. Tuvimos que ir a la clínica... Fue lo más difícil de enfrentar en ese momento. No tenía el respaldo que tengo ahora...

¿Por qué eres arquitecta?

Porque quería ser arqueóloga, pero averigüé y dije: "Demasiado teórico". A mí me gustan las cosas prácticas, entonces me interesé en la restauración, pero en la restauración de algo vinculado a lo arqueológico; y para eso tenía que pasar por Arquitectura.

O sea que eres una afortunada: has encontrado la chamba perfecta.

Claro. Por eso, cuando yo me enteré de esto, que alguien estaba comprando edificios en el Centro de Lima para iniciar proyectos de recuperación, dije: "Oye, ¡así no me paguen nada! Saquemos adelante esto, ¡enséñenme!". No hay nada más delicioso que aprender.

En estos cinco años, ¿qué has aprendido?

A formar un equipo, que creo es lo más importante. He aprendido a no asustarme ante los problemas. Ahora los enfrento, les doy la real dimensión que tienen para así llegar a mi casa y poder dormir pese a saber que al día siguiente tendré un día complicadísimo en la oficina.

¿Dónde vives?

En Miraflores.

Donde se tumban casonas bellas para levantar edificios feos.

Sí, cuando hacer un edificio bonito no te cuesta mucho más que hacer un edificio feo.

Miraflores es la demostración de un distrito sin alcalde o de una ciudad sin arquitectos, ¿no?

Sí (ríe)... ¡Cuando tú tienes acá una generación fantástica de arquitectos! No entiendo por qué la gente no contrata arquitectos o no se da el trabajo de hacer una cosa bien hecha.

De todos tus edificios, ¿cuál ha sido el más difícil de dominar?

Este (el Sud-América), por eso puse nuestra oficina aquí, arriba. Antes estábamos en el Italia, que para mí era ya un edificio manejadísimo. Necesitaba ponerme a la cabeza de este para poder dominarlo físicamente. Le dije a mi equipo: "Señores, ¡a la cabeza del monstruo!". Vinimos cuando estaba todo en obras, y comenzamos a trabajar... Al siguiente monstruo al que me voy a mudar es igual de feo (ríe)... No, es precioso. ■